GABRIELA MISTRAL, *Ternura*.—Buenos Aires-México, Espasa-Calpe Argentina, S. A. (S. f.) 190 pp.

Esta edición, ampliada y popular, de *Ternura*, nos llega poco después que la noticia, satisfactoria para todos los hispanoamericanos, de que Gabriela Mistral ha merecido el Premio Nobel de Literatura.

La integran: Canciones de cuna, repartidas en dos partes —la segunda, amplía las de *Tala*—; Rondas, la Desvariadora, sección donde se reproducen también algunas de las anteriores Canciones de cuna; Jugarretas, que en aquel libro se llamaba Albricias; Cuenta-mundo, que amplía La cuenta-mundo de *Tala*; Casi escolares, en la que se hallan los más conocidos poemas de la autora, y tres Cuentos: los dos de *Tala*, “La Madre Granada” y “El pino de Piñas”, y el anterior: “Caperucita roja”, que dió a Carlos Mérida temas para sus pinturas murales de la primera biblioteca infantil instalada en la Secretaría de Educación, cuando era ministro el licenciado José Vasconcelos.

Estas poesías con temas de niños, de Gabriela Mistral, la aproximan a Martí, el de *Ismaelillo*, en varios momentos; no sólo debido a la adjetivación, análoga —por precisa— en ambos poetas, sino también porque los dos prefieren lo popular, en formas y ritmos: “Miedo” y “Devuelto”, juntos en *Ternura*, son de aquellos poemas de más definido acento martiano.

Los metros populares, y entre ellos el romance —“Arco Iris”—, la acercan a Góngora y otros poetas clásicos españoles; mas, poetisa del postmodernismo, Gabriela Mistral aprovecha las conquistas de “su” Rubén Darío; por ejemplo, en el frecuente uso del flexible eneasílabo, con el cual se encariña sobre todo en la parte que subtítulo “Jugarretas”.

Abre el libro la dedicatoria —“A la memoria de mi madre y a mi hermana Emelina”— y lo cierra un “Colofón con cara de excusa” que viene a ocupar el espacio que correspondía a las notas del anterior tomo. En ese colofón, Gabriela Mistral, que ha escrito constantemente *arrullos*, declara: “Sigo escribiendo arrullos con largas pausas; tal vez, me moriré haciéndome dormir, vuelta madre de mí misma, como las viejas que desvarían con los ojos fijos en sus rodillas vanas...” Y agrega, sobre las canciones de cuna: “Pudieran no servir a nadie y las haría lo mismo. Tal vez a causa de que mi vida fué dura, bendije siempre el sueño y lo doy por la más ancha gracia divina. En el sueño he tenido mi casa más holgada

y ligera, mi patria verdadera, mi planeta dulcísimo. No hay praderas tan espaciosas, tan deslizables y tan delicadas para mí como las tuyas."

Sus Canciones de Cuna "han tenido", según ella, "suerte loca" porque "mexicanos, chilenos y argentinos que pasan de la docena, les prestaron su ayuda decisiva. Fueron ellas honradas de más, fueron hasta transfiguradas", añade refiriéndose al mayorazgo de "la música sobre la escritura".

Acerca de las Rondas infantiles, creadas por ella hace un cuarto de siglo, informa: "Diré solamente que por aquellos años, estaba en pañales el género infantil en toda la América nuestra: tanteos y más tanteos. El menester es tan arduo que seguimos tanteando todavía..."

Este libro será buen compañero y guía, no sólo de las maestras y las madres de los países de habla española, sino de todo aquel que busque, a través de palabras sencillas, la expresión de un afecto desinteresado hacia la niñez, que aquí se logra, como el título sugiere, con ternura.

FRANCISCO MONTERDE,
Universidad de México.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA, *Herejías y supersticiones en la Nueva España (Los heterodoxos en México)*. Universidad Nacional de México, Monografías Históricas, I.—México, Imprenta Universitaria, 1946.

El conocido escritor mexicano doctor Julio Jiménez Rueda, ahora Director del Archivo General de la Nación, inaugura la producción histórica mexicana de 1946 con el interesante libro cuya ficha sirve de encabezado a esta nota.

¿De qué se trata? Fundamentalmente de una contribución más, y buena, a la tan descuidada historia del pensamiento y de la cultura en México. Con este libro Jiménez Rueda abre brecha en el espeso bosque inexplorado, o casi, de la heterodoxia en la Nueva España. La tarea no era fácil. Se hacía necesario enfrentarse valientemente con una montaña de papeles, libros y monografías de toda índole para perseguir a través de sus páginas el tema central e imponer un orden a material tan disperso como abigarrado.

Divide el autor su libro en veintidós nutridos capítulos, de cuyo contenido puede darse una idea sistematizándolos de la siguiente manera: los dos primeros tratan de un tema que es peculiar a nuestras Colonias, o sea la heterodoxia de los indios recién conversos, que mezclaban las an-